

Mario Herrero Monreal

**LA LUZ
DEL
DUENDE**

“Todos los niños nacen artistas. El problema es cómo seguir siendo artistas al crecer”.

Pablo Picasso

I

Sabina

De mi familia se han dicho muchas cosas. En la época en la que se abrió el Café de la Orilla, los míos eran de los pocos no gitanos que se dedicaban al flamenco en Tura del Río, el pequeño pueblo de Sevilla en el que mis antepasados vivieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, antes de trasladarse a Madrid. Por aquel entonces Tura del Río era un pueblo próspero, en el que se iban abriendo varias fábricas a lo largo de los años: la fábrica de jabón, la de aceite de olivar, la de papel...Sin embargo, fue tras la aparición del mítico Café de la Orilla cuando nuestro pueblo adquirió un gran renombre en toda la provincia, e incluso en todo el país.

El Café de la Orilla no era un café normal, era un café cantante. Los cafés cantantes aparecieron en España en la época de la que les hablo, a imitación del formato de café-chantant francés; un café donde el público podía asistir a actuaciones musicales, de teatro o de variedades. Aunque no era el objetivo inicial, la motivación por el espectáculo en aquellos tiempos convirtió a estos locales en un hervidero de entretenimientos provocativos y estrafalarios, público de mala catadura y fácil acceso a la prostitución y a las drogas. Cierto es que el café-chantant, en sus inicios, se centraba más en la

música o el arte que el vodevil o que el cabaret (estos últimos ofrecían espectáculos más subidos de tono desde el principio) pero al fin y al cabo la noche es la noche, y en aquellos tiempos la vida nocturna en las ciudades, y especialmente en los locales y garitos que ofrecían alcohol hasta las tantas de la mañana, era mucho más variopinta, y a la vez más peligrosa y confusa, que en los días en los que vivimos ahora.

En los cafés cantantes, la especialidad era el flamenco. Sabedores del dinero que se sacaba con el flamenco en las tabernas, las ventas y las fiestas privadas, algunos empresarios fueron adelante con la idea de institucionalizarlo, regularlo y ofrecerlo a diario en sus establecimientos. Los cafés cantantes se conformaban de un salón enorme, con sillas y mesas y palcos a los lados, decorado a la manera más castiza posible, con espejos, carteles de toros y retratos de la España profunda, y al fondo un escenario en forma de tablao donde actuaban los flamencos. Y no había sólo flamenco, también podía haber espectáculos de humor, magia y otras excentricidades. No era extraño ver alguna que otra pelea de becerros, apuesta entre forzudos o coreografía picante.

Para muchos de estos empresarios la idea de llevar a los flamencos a actuar a los cafés era bien sencilla; se les ofrecía un dinero a los gitanos que estaban en las herrerías o en las cuevas, o a los payos que cantaban por placer mientras se dedicaban a la venta de fruta, a la zapatería o a la carpintería, por poner un ejemplo, y